

**EL JUEGO LIBRE EN EL DESARROLLO SOCIAL DE NIÑOS Y
NIÑAS DEL NIVEL INICIAL**

**FREE PLAY IN THE SOCIAL DEVELOPMENT OF CHILDREN AT THE
PRE-SCHOOL LEVEL**

**Trabajo de Investigación para optar al Grado Académico de Bachiller
en Educación**

Autores

Moises Condori Chañi
<https://orcid.org/0009-0008-2205-8242>

Lindy Lisbeth Gutierrez Justo
<https://orcid.org/0009-0001-2507-241X>

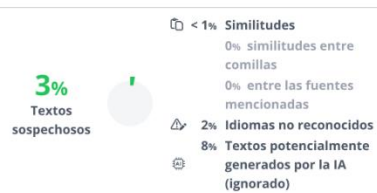
Rosmery Sara Marquez Eugenio
<https://orcid.org/0009-0001-7055-3714>

Asesora

María Fernanda Saavedra Pelaes
<https://orcid.org/0000-0002-5152-693X>

Lima, agosto, 2025

Trabajo de Investigación_Condori_Gutierrez_Marquez



Nombre del documento: Trabajo de Investigación_Condori_Gutierrez_Marquez.docx
ID del documento: 1e0883428ac33e82759e765d17dbf4689662bcd
Tamaño del documento original: 83,76 kB

Depositante: MARIA FERNANDA SAAVEDRA PELAES
Fecha de depósito: 6/8/2025
Tipo de carga: interface
fecha de fin de análisis: 6/8/2025

Número de palabras: 12.309
Número de caracteres: 77.023

Ubicación de las similitudes en el documento:



Fuentes de similitudes

Fuentes principales detectadas

Nº	Descripciones	Similitudes	Ubicaciones	Datos adicionales
1	<p>Documento de otro usuario #8b78e4</p> <p>Viene de de otro grupo 4 fuentes similares</p>	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (26 palabras)
2	<p>dialnet.unirioja.es https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/4619775.pdf 1 fuente similar</p>	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (31 palabras)
3	<p>pz.harvard.edu https://pz.harvard.edu/sites/default/files/2024-11/Pedagogy of Play Spanish Translation Final_... 1 fuente similar</p>	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (28 palabras)
4	<p>www.dominiodelasciencias.com https://www.dominiodelasciencias.com/ojs/index.php/es/article/view/3031</p>	< 1%		Palabras idénticas: < 1% (22 palabras)

DEDICATORIA

Dedico esta monografía, ante todo, a Dios, por permitirme alcanzar este momento clave en mi vida profesional y darme la fortaleza para superar cada obstáculo. A mi familia, mi mayor pilar, por su amor y apoyo incondicional en este camino.

Moisés Condori Chañi

Dedico este trabajo a las personas que estuvieron conmigo en este recorrido. Gracias por el apoyo emocional que me brindaron siempre.

Lindy Lisbeth Gutierrez Justo

Este trabajo monográfico es el complemento perfecto de mi carrera profesional, está dedicado a mi familia, que constantemente me ha brindado su apoyo moral y espiritual.

Rosmery Sara Marquez Eugenio

RESUMEN

Este trabajo monográfico se centra en dos aspectos profundamente conectados en la infancia: el juego libre y el desarrollo social. Ambos elementos, esenciales por sí solos, revelan una relación poderosa cuando se observan en conjunto. La premisa del estudio es que el juego libre favorece de manera significativa en el desarrollo social de los niños del nivel inicial. A lo largo de la investigación, se abordó esta conexión desde una mirada cercana al aula, pero también desde los aportes teóricos de Piaget y Vygotsky, quienes entienden el juego como una vía natural para pensar, simbolizar y, sobre todo, aprender a convivir. La pregunta que guía esta monografía es: ¿Cómo favorece el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños en el nivel inicial? La respuesta surgió no solo de los textos; sino, de la observación de lo cotidiano en la infancia. El juego libre permite a los niños interactuar sin guiones, negociar reglas, ponerse de acuerdo, compartir y, en ese proceso, formar vínculos reales y aprender a ser parte de un grupo. Los resultados revelan que, más allá de ser una actividad recreativa, el juego libre actúa como puente hacia la empatía, el respeto y la inclusión. Se concluye que su incorporación intencional en el currículo fortalece la convivencia escolar y la construcción de una ciudadanía más humana desde los primeros años.

Palabras clave: juego libre; desarrollo social; educación inicial; empatía; convivencia.

ABSTRACT

This monograph focuses on two deeply connected aspects of childhood: free play and social development. Both elements, essential in their own right, reveal a powerful relationship when viewed together. The premise of the study is that free play significantly supports the social development of children in preschool. Throughout the research, this connection was approached from a close perspective of the classroom, but also from the theoretical contributions of Piaget and Vygotsky, who understand play as a natural way to think, symbolize, and, above all, learn to live together. The guiding question of this monograph is: How does free play significantly support the social development of children in preschool? The answer emerged not only from the texts but also from observations of everyday childhood. Free play allows children to interact without scripts, negotiate rules, reach agreements, share, and, in the process, form real bonds and learn to be part of a group. The results reveal that, beyond being a recreational activity, free play acts as a bridge to empathy, respect, and inclusion. The conclusion is that its intentional incorporation into the curriculum strengthens school coexistence and the construction of a more humane citizenship from the earliest years.

Keywords: free play, social development, early childhood education, empathy, coexistence.

ÍNDICE

DEDICATORIA	iii
RESUMEN	iv
ABSTRACT	v
INTRODUCCIÓN.....	7
CAPÍTULO I: JUEGO LIBRE.....	10
1.1. Definición de juego libre.....	10
1.2. Características del juego libre	12
1.2.1. Espontaneidad	12
1.2.2. Autonomía	12
1.2.3. Exploración y creatividad.....	12
1.2.4. Interacción social.....	13
1.3. Tipos de juego libre	13
1.4. Importancia del juego libre en la educación inicial.....	15
CAPÍTULO II: EL DESARROLLO SOCIAL EN LA PRIMERA INFANCIA	19
2.1. Definición del desarrollo social en la infancia	19
2.2. Factores que afectan el desarrollo social de los niños	22
2.3. El juego libre y su relación con el desarrollo social	24
2.4. La relevancia del juego libre y el desarrollo social en el contexto educativo	25
2.5. El juego libre en la construcción de la identidad social	27
CAPÍTULO III: EL JUEGO LIBRE EN EL DESARROLLO SOCIAL	30
3.1. El juego libre como herramienta de socialización.....	30
3.2. El juego libre como desarrollo de la comunicación y la resolución de conflictos	31
3.3. Construcción de normas y valores a través del juego.....	32
3.4. El juego libre en la integración social	34
CONCLUSIONES.....	37
REFERENCIAS	39

INTRODUCCIÓN

El juego marca la infancia de un modo que pocos recuerdos logran eclipsar. Lejos de representar una actividad de ocio, el juego constituye una vía discreta, pero significativa, hacia el desarrollo emocional y la construcción de comunidad. En el momento en el que un niño se sumerge en el juego, en realidad, explora el mundo a su medida, representa diferentes roles, moldea símbolos y practica formas de convivencia (Moyles, 2021; Piaget, 2000; Vygotsky, 1978).

Según el Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia [Unicef] (2018), dentro del extenso panorama del juego, el juego libre resalta de manera única, pues no se rige por instrucciones preestablecidas ni de estructuras rígidas; nace de un deseo genuino por imaginar y experimentar. En esa libertad, los niños tienen la oportunidad de armar sus propias historias, tomar decisiones y desarrollar sus habilidades sociales, sin depender de la vigilancia adulta ni de la imposición de sus reglas (Garvey, 1985).

Los estudios actuales sobre educación infantil han reconocido que el juego libre dentro del aula se ha convertido en un recurso pedagógico fundamental. Bajo esta postura, se considera la importancia del juego para impulsar la creatividad y la autonomía de los niños; además, fortalece las habilidades sociales básicas como la comunicación clara, la resolución de conflictos, la cooperación y la asimilación de valores esenciales, tales como la empatía y el respeto (Andrade Carrión, 2020; Mardell et al., 2023). En ese sentido, cuando los más pequeños juegan, aun sin guía ni reloj, no solo cartografían el entorno que los rodea; sino, trazan, por extensión, el mapa de su propia vida en comunidad.

Desde una mirada teórica, Piaget (2000) planteó que el juego simbólico se desarrolla en la etapa preoperacional y permite a los niños representar situaciones sociales y desarrollar la empatía al ponerse en el lugar del otro. Por su parte, Vygotsky (1978) destacó el juego como una vía poderosa de interacción social y adquisición de herramientas culturales que preparan al niño para la vida en comunidad.

Con base en estas ideas, esta monografía parte de la siguiente premisa: el juego libre favorece de manera significativa en el desarrollo social de niños y niñas del nivel inicial. A

partir de ella, surge la pregunta clave que guía esta investigación: ¿Cómo favorece el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños y niñas del nivel inicial? Por tal motivo, el objetivo general es describir cómo favorece el juego libre de manera significativa en el desarrollo social de niños y niñas del nivel inicial. Mientras los objetivos específicos que orientan el análisis son: identificar las características del juego libre en niños del nivel inicial; describir los aspectos del desarrollo social que se ven favorecidos por su práctica; y explicar la relación entre el juego libre y el desarrollo de habilidades sociales como la cooperación, la empatía y la autorregulación emocional.

En este marco, el estudio busca evidenciar cómo este tipo de juego, espontáneo, autónomo y profundamente humano no solo enriquece la vida emocional y cognitiva de los niños, sino que también se convierte en el escenario ideal para formar vínculos genuinos, desarrollar la convivencia y construir una ciudadanía más empática desde la infancia.

Reflexionar sobre el juego libre no es, ni de lejos, un lujo teórico. Es relevante porque es una urgencia silenciosa en muchos espacios educativos donde lo lúdico, lamentablemente, se deja de lado o se sustituye por actividades tan estructuradas que apenas dejan espacio para la imaginación. Esta monografía surge a partir de una práctica que, si bien parece simple, ofrece oportunidades profundas de aprendizaje y de desarrollo integral de los niños. En la educación inicial, el juego libre se presenta como recurso para que el niño pueda expresar sus emociones, identifique lo que siente, se vincule con los demás y construya su propia forma de entender el mundo (Moyle, 2021; Unicef, 2018).

Decir que el juego es importante no basta. Al tener una relevancia pedagógica y práctica, se requiere analizar cómo acompañamos a los niños en su desarrollo, cuánto espacio cedemos para que los niños puedan expresarse libremente y de qué manera los escuchamos. Este trabajo no se limita a presentar teorías de forma superficial, sino que su intención es transformar las aulas en espacios donde el juego libre y respetuoso sea parte de una rutina diaria (Andrade Carrión, 2020; Garvey, 1985; Mardell et al., 2023). La Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura [Unesco] (2021) mencionó que en un contexto donde se suele saturar a los niños de tareas, defender esos momentos espontáneos es garantizar el derecho del niño a imaginar, experimentar y aprender con libertad.

El presente trabajo monográfico se organiza en tres capítulos. En el primero, se indaga en las características del juego libre y su papel fundamental en la educación infantil. El segundo se centra en el desarrollo social y los factores que lo afectan. Finalmente, en el tercer capítulo, se analiza la relación entre el juego libre y la socialización, considerando la construcción de normas, valores y la integración social en los niños. Desde esa perspectiva se pretende mostrar que el juego no estructurado actúa, en la práctica, como un recurso efectivo para consolidar destrezas sociales y propiciar aprendizajes verdaderamente significativos en los años más tempranos de la vida.

CAPÍTULO I: JUEGO LIBRE

1.1. Definición de juego libre

El juego libre deja a los niños al mando, ellos deciden si saltar, construir o simplemente sentarse a charlar con un amigo que acaban de conocer. No hay horarios controlados ni adultos marcando pasos; el patio, el salón o la plaza les pertenecen por unos minutos y lo sienten. Esa autonomía deja que aparezcan las pequeñas obsesiones del momento, como esconder piedras o inventar un lenguaje misterioso; al mismo tiempo, incentiva a cada niño a pensar por sí mismo. La libertad, en definitiva, les regala espacios para probar, fallar y tratar otra vez sin que nadie les diga cómo o cuándo; tal como indicó Moyles (2021), eso es puro ejercicio de creatividad e independencia.

El jardín de infancia se siente casi siempre como un lugar de juego, no porque los adultos lo hayan planificado así, sino porque el juego libre se cuele en la rutina de manera espontánea. Asimismo, les brinda la oportunidad de experimentar, relacionarse con sus compañeros y descubrir nuevas formas de adquirir conocimiento. Vygotsky (1978) señaló que el juego es una “zona de desarrollo próximo”, porque permite a los niños hacer cosas que, de otro modo, no podrían realizar por sí mismos. Antes de llegar a esa zona, el niño actúa desde lo que ya aprendió; no obstante, en el juego libre, se encuentran desafíos nuevos que lo ayudan a superar sus límites. Al jugar con otros niños, nace la necesidad de asumir roles, interactuar o negociar; de esa manera, se ponen en práctica habilidades que están en pleno proceso de formación, gracias al acompañamiento de su entorno social. Así, el juego libre se convierte en un medio esencial para que los niños aprendan a resolver problemas, tomar decisiones e interactuar con los demás (Sánchez-Domínguez et al., 2020).

Según Piaget (2000), el juego adquiere un papel central en la etapa preoperacional, desde los dos hasta los siete años. En este periodo, el niño desarrolla la capacidad simbólica, es decir, usa elementos de la realidad como objetos, palabras o acciones para representar otras cosas. Esto se observa, por ejemplo, cuando juega a que una escoba es un caballo o una caja en un auto; de esta forma, muestra su habilidad para representar mentalmente situaciones que observa en la cotidianidad.

En este contexto, el juego libre permite al niño experimentar desde lo simbólico distintas maneras de conductas sociales, asumir roles y explorar maneras de ver el mundo desde su propia perspectiva. Esta forma de juego también ayuda a expresar emociones, comprender a los demás, entender normas sociales y desarrollar habilidades sociales. Por tal motivo, el juego libre no solo contribuye al desarrollo cognitivo, sino que también se convierte en una herramienta clave para la autorregulación emocional e interacción social desde una temprana edad (Piaget, 2000).

Sin duda el juego libre es parte fundamental del desarrollo emocional del infante. Al no estar abocados en actividades con estructuras y metas, los niños tienden a aprender a manejar sus emociones, es decir, se regulan a sí mismos. Gracias al juego libre, los niños pasan por una gran variedad de emociones y situaciones, tales como la alegría, la cooperación, la competencia y la frustración. Esto les ayuda a comprender sus propias emociones y las de los demás (Garvey, 1985).

Un aspecto adicional y primordial que destacar del juego libre es que ayuda a la construcción de identidad. Al permitir seleccionar los roles dentro de la actividad, el infante empieza a forjar su imagen, así como la forma en que se relacionará con los demás. A través del juego simbólico, los niños construyen conceptos de los diferentes roles sociales que existen. Por ejemplo, al representarse como médicos, maestros y padres, pueden entender las normas y los valores de su contexto (Mardell et al., 2023).

El Ministerio de Educación (2021) ha considerado que el juego libre es un derecho necesario para los niños dentro de la educación infantil, porque contribuye de manera integral a su desarrollo. Los entornos de aprendizaje que fomentan el juego libre con una variedad de materiales y configuraciones adaptables son fundamentales para potenciar la creatividad y la autodirección en los niños (Castro et al., 2020).

Esa movilidad de la acción también remueve la arena social del salón. Sin un adulto al timón, los niños deben compartir, tirar los dados de la negociación, repartir turnos y, a veces, dirimir rencillas por sí mismos. Todo lo anterior es práctica de vida en miniatura (Edo et al., 2016). La curiosidad, por cierto, no siempre atiende a los planes de clase. Si bien el juego libre carece de metas académicas explícitas, se despliega como un aula portátil que

enseña sin sermones (Fajn, 2017). Los pequeños, atrapados en la dinámica lúdica, edifican saberes de un modo que entra por un oído y se queda para siempre en el corazón.

1.2. Características del juego libre

El juego libre concede a los niños el derecho de escoger su propio rumbo: qué cosas tocar, a quién invitar y cómo orientar la actividad. Esto sucede en un marco donde no hay presencia de un adulto que dicte reglas fijas ni la presión de un límite de tiempo que indique el fin del juego. Frente a esta ausencia, los niños tienen la oportunidad de relacionarse con su entorno de forma creativa, autónoma e imaginativa (Moyles, 2021). A continuación, se describen algunas características fundamentales.

1.2.1. Espontaneidad

Se presenta como una característica esencial del juego libre. Al no existir reglas prediseñadas, los niños deciden cómo se desarrolla la actividad y cómo se relacionan entre sí. Tienen la posibilidad de explorar libremente sus emociones, probar roles e improvisar soluciones a conflictos sin esperar el visto bueno de un adulto (Garvey, 1985). Ese espacio momentáneo sin restricciones favorece el desarrollo de la creatividad y fomenta su autonomía.

1.2.2. Autonomía

Fajn (2017) señaló que el juego libre estimula el desarrollo infantil, ya que, en ese ambiente, el niño puede asumir el papel que prefiera y realizar acciones como mejor le parezca; en otras palabras, se guía a sí mismo. Esa libertad favorece al infante en su desarrollo de responsabilidad personal y su habilidad para tomar decisiones vitales para su crecimiento social y emocional. Además de eso, cuando los niños tienen esta libre voluntad de elección, aprenden a controlar sus emociones y a afrontar diferentes problemas por sí mismos.

1.2.3. Exploración y creatividad

El juego libre se caracteriza porque proporciona a los niños un espacio para la exploración y la creatividad. Al no estar sometidos a marcos rígidos, les permite usar diversos materiales y recursos de manera espontánea, lo que desencadena su imaginación e inventiva. Castro et al. (2020) recordaron que este desahogo creativo se puede aprovechar para que los pequeños

inventen respuestas frescas a los problemas. Esa libertad va más allá de repetir lo que han visto, pues los invita a crear buenas historias desde cero; este ejercicio fortalece el cerebro y el corazón al mismo tiempo.

1.2.4. Interacción social

Los momentos de juego espontáneo reúnen a los niños en un espacio donde dialogar, discutir e improvisar se vuelven naturales. Aunque la escena parezca caótica, en su núcleo, la cooperación se ensaya en cada elección y en cada desacuerdo. Esto ayuda a formar e integrar su identidad social como grupo (Andrade Carrión, 2020). Además, el juego libre permite a los niños aprender diferentes formas de relacionarse entre sí y cooperar, lo cual es importante para su desarrollo emocional y social.

1.3. Tipos de juego libre

El juego libre abarca un universo fascinante de formas y expresiones que, aunque nacen de manera espontánea, están llenas de intención y profundidad. Para los niños, este universo es casi un segundo hogar, ya que es en esta etapa donde la imaginación vuela sin límites y el cuerpo pide moverse todo el tiempo. En ese sentido, el juego se convierte en una herramienta vital para crecer. Papalia et al. (2012) sostuvieron que la infancia temprana es un momento clave para desarrollar capacidades cognitivas, físicas y sociales de forma significativa, por lo que el juego libre, con toda su aparente simpleza, cumple un papel esencial. En otros términos, abre la puerta para que los niños exploren su entorno a su ritmo, conecten con los demás y descubran nuevas formas de expresarse y relacionarse.

Además, jugar libremente es como entrar en un laboratorio de emociones, roles y posibilidades. Cada vez que un niño toma una caja y la convierte en un castillo, o corre tras una pelota e imagina que salva al mundo, crea, ensaya y aprende. Lo más resaltante es que lo hacen sin que nadie les diga cómo debe ser; allí se encuentra la magia del juego libre. Dentro de este mundo lúdico, observamos muchas formas de juego libre: el simbólico, donde inventan historias y personajes; el de construcción, donde levantan mundos con bloques o arena; el motor, donde corren, trepan y saltan; el sensorial, que los conecta con texturas, sonidos y olores; y el cooperativo, donde aprenden a compartir y trabajar en equipo.

Cada uno de estos juegos deja huellas distintas en su desarrollo cognitivo, emocional, social y físico (Papalia et al., 2012).

El juego simbólico, por ejemplo, es ese donde una escoba se convierte en caballo y una caja en castillo. En la primera infancia, es muy frecuente ver a los niños jugar a “la casita”, “los doctores” o “el supermercado”, donde no solo imitan el mundo adulto, sino que comprenden cómo funciona la sociedad: representan roles, negocian reglas y se ponen en el lugar del otro. Esto favorece la creatividad, la empatía y el aprendizaje de normas sociales como compartir, cuidar y respetar (Moyles, 2021; Sánchez-Domínguez et al., 2020).

El juego de construcción aparece cuando los niños comienzan a apilar bloques, diseñar “ciudades” con piezas, o construir una torre solo por el placer de verla crecer y derrumbarse. Este tipo de juego les permite experimentar con ideas abstractas como el equilibrio o la simetría, pero también los enfrenta a retos prácticos, como encajar piezas o sostener una estructura inestable. Además, si lo hacen en grupo, practican el diálogo, la paciencia y la cooperación. En el nivel inicial, por ejemplo, es habitual que trabajen juntos para construir un “zoológico” con bloques de madera y animales de juguete, mientras debaten sobre qué espacio necesita cada especie (Andrade Carrión, 2020; Fajn, 2017).

El juego motor o de movimiento se produce cuando los niños corren sin rumbo fijo, saltan sobre charcos, giran, trepan el árbol del parque o inventan una carrera con sus amigos. A esta edad, el cuerpo pide acción; con cada salto o rodada por el suelo, no solo fortalecen sus músculos, también descargan tensiones, liberan emociones y ganan confianza en lo que su cuerpo puede hacer. Jugar a “las estatuas”, “el lobo” o “las escondidas” son ejemplos perfectos de cómo los niños del nivel inicial combinan movimiento, emoción y vínculo con sus pares (Edo et al., 2016; Mardell et al., 2023).

Por otro lado, el juego sensorial es pura exploración. Aquí los niños se conectan con el mundo a través del tacto, el olfato, la vista, el oído y hasta el gusto. Un niño del nivel inicial puede pasar largos minutos mezclando pintura con las manos, hundiendo los dedos en la arena húmeda o dejando que el agua corra entre sus dedos. Estas experiencias no son solo divertidas; sino, esenciales para su desarrollo neurológico y emocional. Además, este tipo de juego les ayuda a autorregularse; muchos niños se calman naturalmente cuando

manipulan arcilla o exploran texturas suaves o repetitivas (Garvey, 1985; Huanca Payehuanca, 2008).

En el juego cooperativo, no hay un ganador, pero sí muchos acuerdos. Se refiere a cuando grupo de niños decide construir juntos una historia, una escena o una misión, como rescatar a un peluche “en peligro”. Aquí lo importante no es quién tiene el control; sino, cómo se relacionan, se escuchan, se turnan, resuelven conflictos y aprenden a trabajar como un equipo. En estas dinámicas, los niños y las niñas aprenden que sus ideas valen, pero también que hay que ceder a veces para que todos disfruten. Este tipo de juego fortalece los lazos de amistad, el sentido de pertenencia y, sobre todo, el respeto mutuo (Mardell et al., 2023; Moyles, 2021).

1.4. Importancia del juego libre en la educación inicial

El juego libre es un pilar de la primera infancia, pues, mientras enseña, deja espacio para que los niños corran, salten y se equivoquen sin miedo al reloj, el cual siempre parece contar en las aulas formales. En ese profuso caos autoimpuesto, los pequeños experimentan con el espacio, prueban sus límites y movilizan su propio sentido de identidad. Al no estar obligados a encajar en tareas trazadas por adultos, despliegan la curiosidad, se encaran a problemas de manera improvisada y entienden, muchas veces por ensayo y error, lo que significa tomar decisiones. Según Ginsburg (2007), la actividad lúdica, además de promover el crecimiento integral del niño, se revela como una necesidad biológica y social; un verdadero termómetro del bienestar, la autonomía y la chispa creativa.

Desde la óptica pedagógica, el juego libre permanece entre las intervenciones más eficaces de la educación infantil. A través de la actividad lúdica, los pequeños regulan la curiosidad, tocan sin prisa el mundo que los rodea y, casi sin darse cuenta, manejan nociones matemáticas, lingüísticas y científicas. Al carecer de una estructura rígida, esa forma de conocer se vuelve dinámica, entretenida y, por lo general, muy atractiva (Moyles, 2021).

La escena del juego también deja su marca en el plano social. Al girar en torno a las reglas de una partida, los niños practican la cooperación, el reparto y la resolución de pequeños conflictos. Es en esas breves negociaciones donde refuerzan las habilidades que más tarde utilizarán en las relaciones cotidianas. Los juegos de rol o las actividades

colectivas, por añadidura, los enseñan a aceptar las normas y a valorar, aunque solo sea por un instante, las diferencias que cada uno trae consigo (Fajn, 2017; Sánchez-Domínguez et al., 2020).

El juego libre actúa como un laboratorio emocional para los más pequeños. En ese escenario sin guiones, los niños sienten que pueden probar cosas sin riesgo, sin miedo a fallar del todo. La simple espera por turno o, incluso, verse obligados a reformular una idea que no funcionó los empuja a manejar la frustración en tiempo real. Cuando encuentran una forma alegre de descargar lo que sienten, fortalecen un músculo interior que, más tarde, los acompañará en situaciones difíciles (Castro et al., 2020; Garvey, 1985).

El tiempo del juego, reposado o agitado, se traduce en la confianza en el movimiento. Correr, trepar y bailar no son caprichos episódicos; son ejercicios que le indican a los músculos que sigan adelante. Esa práctica recurrente enriquece las habilidades motoras gruesas y las finas. De igual manera, estar en constante acción se ha visto una y otra vez relacionado con menores índices de problemas de salud a largo plazo (Huanca Payehuanca, 2008; Moyles, 2021).

En la primera infancia, los niños se encuentran en una etapa importante en su desarrollo de sus habilidades motoras. Según Papalia et al. (2012), en esta fase, se observa un crecimiento significativo de sus habilidades motoras gruesas, como correr, saltar, escalar o lanzar objetos, así como las habilidades motoras finas, presentes en acciones como pintar, abotonarse, manipular piezas pequeñas o actividades de precisión. El juego libre se convierte en un espacio ideal para estimular ambas habilidades; mientras las actividades físicas favorecen la coordinación y el equilibrio, las actividades de precisión favorecen su destreza manual. Estas prácticas fortalecen su autonomía y autoconfianza, y preparan el escenario para actividades futuras como la escritura o el dibujo.

El juego libre genera entornos de aprendizaje que suelen sentirse cálidos y acogedores. Las aulas y los patios, donde se permite este tipo de práctica, son casi siempre inclusivos, porque invitan a cada niño a participar sin importar sus habilidades o su historia personal. Cuando los pequeños pueden moverse hacia un parque o encontrar en la clase una mesa repleta de bloques y pinturas, el ambiente se carga de pertenencia y de un control que ellos mismos manejan. Esa autonomía inicial, unida a la naturaleza innatamente placentera

del juego, termina convirtiéndose en un potente imán para el aprendizaje (Andrade Carrión, 2020; Sánchez-Domínguez et al., 2020).

El juego libre no solo produce que los niños aprendan más; también impulsa al bienestar general. Cuando un pequeño juega a su manera, se está cuidando por dentro, aunque a los adultos a veces les cueste verlo. Esa verdad se evidenció durante y después de la pandemia por COVID-19. Varios estudios han señalado que el juego fue un salvavidas para la salud mental infantil en ese momento crítico. Por ejemplo, la investigación de Castillo Miyasaki y Sandoval Figueroa (2022) mostró que el juego libre redujo de forma clara la ansiedad y el estrés en los más pequeños, y fortaleció su resiliencia emocional.

Un informe de Unicef (2021) reveló que, durante el confinamiento, siete de cada diez padres en América Latina señalaron que jugar era la herramienta más efectiva para mantener a sus hijos emocionalmente estables. En ese sentido, no es raro que, a través del juego, los niños canalicen emociones difíciles, procesen lo que les pasa y vuelvan a sentirse dueños de una realidad incierta. Poder jugar sin reglas impuestas les regala un refugio emocional, algo imprescindible cuando recién están aprendiendo a moverse por el mundo.

También se han dicho cosas interesantes sobre el juego libre. Ginsburg (2007) aclaró que no es solo una forma de entretenimiento; es un impulso biológico y social que necesita el ser humano. El mismo autor observó que los niños que cuentan con tiempo suficiente para jugar libremente tienden a mostrar una autoestima más alta, motivación interna y vínculos afectivos más sanos. Estas vivencias que parecen sencillas crean un cimiento fuerte que les permite enfrentar futuras adversidades con mayor calma y seguridad emocional.

En síntesis, este capítulo permitió comprender que el juego libre no es una actividad secundaria o “recreativa” en la infancia; sino, un pilar central para el desarrollo integral. En particular, para los niños del nivel inicial, representa un espacio vital en el que pueden ser ellos mismos e imaginar, proponer, equivocarse y volver a intentar sin el temor de una corrección inmediata. Este tipo de juego, por su carácter autónomo y espontáneo, potencia múltiples dimensiones del desarrollo: cognitivo, emocional, motriz y social. A través de ejemplos concretos, como el juego simbólico, de construcción o sensorial, se demostró cómo cada niño explora el mundo a su ritmo y desde sus intereses. En un contexto cada vez más estructurado, defender estos momentos lúdicos es también salvaguardar el derecho a

una infancia libre, creativa y saludable. La verdad es que, cuando se les permite jugar sin imposiciones, los niños, además de divertirse, se forman como ciudadanos empáticos y conscientes.

CAPÍTULO II: EL DESARROLLO SOCIAL EN LA PRIMERA INFANCIA

El desarrollo social en la primera infancia es un proceso que capta la atención de muchos investigadores debido a la complejidad que tiene la interacción entre los factores biológicos, psicológicos y socioculturales. En este capítulo, se describe la importancia del desarrollo social en niños del nivel inicial y se resalta cómo la interacción con sus pares, los adultos y el medio social impacta en su evolución. Igualmente, se enfatiza en el impacto que el juego libre, como una de las actividades fundamentales en el sistema educativo, tiene en el desarrollo social en la niñez temprana.

2.1. Definición del desarrollo social en la infancia

Según Huanca Payehuanca (2008), el desarrollo social en la infancia es un proceso en constante transformación en el que los niños acceden a nuevas habilidades y competencias que les permiten ejercer un rol activo dentro de su contexto. Este proceso incluye elementos como externalizar una o más normas sociales, el aprendizaje de los turnos, saber compartir, apreciar a otros y cultivar relaciones interpersonales significativas. También involucra el conocimiento de la empatía, que permite a los infantes captar y dar respuestas a emociones o necesidades ajenas, así como la regulación emocional que les ayuda a controlar sus reacciones emocionales en diversas situaciones sociales.

Este fenómeno es multifacético, por lo que factores internos y externos influyen en él. Internamente, el temperamento y la personalidad de cada niño son componentes significativos, porque algunos niños son más extrovertidos y sociables, mientras que otros son más cautelosos y reservados. Externamente, las interacciones con sus pares, padres, maestros y la comunidad en general sirven como un importante marco de referencia, a partir del cual los niños aprenden a operar en diferentes situaciones sociales (Berk, 2013).

En la primera infancia, su desarrollo social se encuentra en un nivel inicial y, a la vez, en una nueva fase de crecimiento. Empiezan a tener un mejor sentido en torno a su

identidad y a la de sus contemporáneos, lo que les permite formar relaciones mucho más gratificantes con los niños de su edad.

La verdad es que el cuerpo de los niños pequeños es una máquina asombrosa en pleno desarrollo. Según Papalia et al. (2012), conforme maduran las áreas sensoriales y motoras de la corteza cerebral, empiezan a coordinar mejor lo que imaginan con lo que realmente pueden hacer. Es como si de pronto pudieran alcanzar con su cuerpo lo que antes solo soñaban. A esta edad, las habilidades motoras gruesas, como correr, saltar o trepar, florecen con rapidez. Esto se debe a que sus huesos se han fortalecido, sus músculos están más firmes y su capacidad pulmonar mejoró, lo que les permite moverse más lejos, más rápido y con más energía.

Ahora bien, no todos se desarrollan al mismo ritmo. La genética juega un papel, fundamental, pero también lo hace el entorno; por ejemplo, un niño que tiene más oportunidades para explorar, practicar y jugar al aire libre afina sus destrezas con mayor seguridad. Aun así, las cifras sorprenden: apenas un 20 % de los niños de cuatro años logra lanzar una pelota con precisión y solo un 30 % puede atraparla bien (Papalia et al., 2012). Esto nos recuerda que, por más energía que tengan, la mayoría de los preescolares aún no están preparados para deportes organizados. Su desarrollo físico, en realidad, encuentra a su mejor aliado en el juego libre, activo y espontáneo; ese que no sigue reglas estrictas ni necesita uniformes.

Mientras su cuerpo aprende a moverse, su mente empieza a construir ideas, a veces muy rígidas, sobre el mundo que los rodea. Uno de los aspectos más visibles en esta etapa es cómo los estereotipos de género comienzan a tomar forma. Basta con decirles que un juguete “es para el otro sexo” para que lo suelten. No quieren parecer diferentes, no quieren romper “la regla” que, en realidad, nadie les explicó del todo. En la primera infancia, los pequeños ya manejan un catálogo interno de lo que “debería hacer un niño o una niña”. Bajo esta lógica, un niño se enfocará en juegos que asocie con lo masculino; si por curiosidad intenta vestir a una muñeca, lo hará con torpeza y con algo de incomodidad, como si estuviera cruzando una línea invisible (Papalia et al., 2012).

Desde la teoría sociocultural, Vygotsky (1978) advirtió que el desarrollo social no ocurre de forma aislada, sino que surge de la interacción activa entre el niño y su entorno. A

través del lenguaje y la colaboración con adultos o compañeros más capaces, el niño aprende conductas, valores, emociones y normas sociales que lo ayudan a formar su identidad. A este proceso se le conoce como la zona de desarrollo; se refiere a que el aprendizaje es más efectivo cuando el niño tiene apoyo externo en la realización de tareas que aún no puede lograr solo.

Piaget (2000), con su mirada tan aguda sobre la infancia, planteó que el desarrollo social no ocurre en solitario, sino que camina de la mano del desarrollo cognitivo. En la etapa preoperacional, donde se encuentran la mayoría de los niños de educación inicial, es común que el pensamiento sea bastante egocéntrico. Los pequeños, en este momento, todavía creen que todos ven el mundo como ellos lo ven; eso dificulta un poco que logren ponerse en los zapatos del otro, pero aquí entra en juego la socialización. Al convivir con sus compañeros, se enfrentan a situaciones reales donde tienen que compartir, esperar y, a veces, hasta ceder con una sonrisa; esa tarea no es sencilla.

La verdad es que cada interacción trae un pequeño reto. Un desacuerdo por un juguete, una diferencia de opinión en medio de un juego de roles y una frustración por no haber sido elegido primero. Todas estas experiencias, lejos de ser un problema, son oportunidades, porque generan conflictos que remueven el pensamiento y obligan a los niños a replantearse cosas: ¿Y si mi amigo tiene razón? ¿Y si esta vez le toca a él? Ese ejercicio mental de revisar lo que cree y adaptarse alimenta directamente su desarrollo cognitivo.

A lo largo de este proceso, los niños empiezan a desplegar habilidades fundamentales: aprender a colaborar, negociar con respeto y resolver conflictos sin pelear. Son destrezas sociales básicas, pero poderosas, que les permiten formar relaciones duraderas y significativas en el tiempo (Berk, 2013; Moyles, 2021). Además, no solo es que interactúan con otros, sino que comienzan a preguntarse cosas profundas: ¿Qué es justo? ¿Qué es equitativo? ¿Por qué es importante tratar bien a los demás? De alguna manera, empiezan a saborear la idea de pertenecer a una comunidad y entienden que sus acciones importan.

Como señaló Goleman (1995), también florece la autoconciencia. Empiezan a notar que tienen emociones que se ven, se sienten y se transmiten. A partir de ellas, poco a poco, se vuelven más responsables sobre cómo sus palabras o gestos afectan a los otros; es como

si comenzaran a reconocerse en el espejo de los demás. Sin duda, ese es un paso enorme en el camino hacia la madurez emocional y social.

El desarrollo social en la primera infancia fomenta el bienestar del niño desde una perspectiva holística y lo prepara positivamente para el futuro. Los niños que poseen habilidades sociales tienen una transición suave hacia el entorno escolar formal, lo que les permite hacer amigos fácilmente, así como manejar los desafíos sociales en la adultez. De igual manera, estos niños se benefician de habilidades sociales efectivas que, junto con el razonamiento lógico, mejoran su capacidad para navegar el mundo infantil de forma tranquila y mentalmente estable (Moyles, 2021).

2.2. Factores que afectan el desarrollo social de los niños

El desarrollo de las habilidades sociales del niño requiere la integración de diversos factores intrapersonales e interpersonales, estímulos y características que guían la interacción del infante con los demás, desde la familia hasta la sociedad en general.

En el caso de los factores internos, sobresale el temperamento y la personalidad de cada niño, los cuales modulan su comportamiento en las relaciones sociales. Algunos niños pueden exhibir una actitud extrovertida y estar más abiertos a la socialización, mientras que otros pueden ser más tímidos y optar por interacciones más limitadas y organizadas. Estas variaciones impactan en la manera en cómo los niños reconocen y reaccionan a las emociones y conductas de los otros (Berk, 2013).

Por su parte, los factores externos establecen un fundamento a la socialización infantil. El círculo familiar, escolar y social tiene un impacto sustancial en la vida del niño, en la medida en que se le enseña a interactuar con las demás personas. En la familia, la calidad de las relaciones con los padres, los cuidadores y el resto del núcleo familiar resulta ser un factor crítico. Por ello, la falta de comunicación y la ausencia de expresión afectiva y apoyo emocional produce que el menor no mejore en sus condiciones de vida; al contrario, socava su autoestima (Sánchez-Domínguez et al., 2020).

El entorno escolar tiene un peso enorme en el desarrollo social de los más pequeños. Las aulas de educación inicial se convierten, muchas veces, en ese primer universo donde

los niños se enfrentan a un mundo más amplio que su casa. Allí descubren que no todo gira en torno a ellos, que hay otros con ideas, juguetes y ritmos distintos. En medio de esos descubrimientos, como esperar su turno, compartir un bloque y ceder en una decisión, se empiezan a moldear sus habilidades sociales. Lo que puede parecer una simple escena cotidiana, en realidad, es una semilla de convivencia. Cuando la escuela promueve la inclusión, fomenta la cooperación y abre espacios para que los niños expresen lo que piensan; es decir, se transforma en un lugar donde florecen aprendizajes que muchas veces el hogar no alcanza a ofrecer (Andrade Carrión, 2020).

Además, no hay mejor entrenamiento para vivir en comunidad que esas experiencias compartidas desde los primeros años. Por ejemplo, en la ronda donde deciden juntos a qué jugar, en la casita construida entre varios o en el turno que uno cede con una sonrisa, pasan cosas grandes, aunque parezcan pequeñas. No es solo juego: es la vida en miniatura. Cuando un niño propone una regla y otro la acepta, y cuando surge un conflicto y logran resolverlo hablando y no gritando, están practicando el respeto, la empatía y el diálogo de una forma genuina, sin que nadie les dé una lección. El juego libre cooperativo tiene esa magia: enseña sin imponer y forma sin obligar. Según Fajn (2017) y Mardell et al. (2023), estos momentos vividos en libertad son los que realmente cultivan la escucha activa, el respeto mutuo y la capacidad de convivir. Cada juego compartido, entonces, deja una marca; una huella que los acompaña más allá del aula en su forma de mirar, entender y habitar el mundo

A la luz del marco de Colaboración para el Aprendizaje Académico, Social y Emocional [Casel] (2020), esas miniexperiencias se encuentran en el núcleo mismo del entrenamiento de las competencias socioemocionales. El modelo Casel enumera cinco áreas: autoconocimiento, autorregulación, conciencia social, habilidades relacionales y toma de decisiones responsable. Estas competencias se desarrollan día a día de manera espontánea gracias a la interacción continua, el juego compartido y la convivencia dentro del aula.

En primer lugar, el autoconocimiento se manifiesta cuando el niño comienza a comprenderse a sí mismo y reconoce sus emociones y pensamientos. Esto le ayuda a comunicar lo que siente, a expresar sus preferencias y a reforzar su autoestima desde temprana edad.

En segunda instancia, la autorregulación se refiere al control emocional adecuado en cada situación. Se evidencia cuando un niño puede contener su enojo o busca maneras tranquilas para expresar su malestar sin recurrir a conductas inapropiadas.

En tercer lugar, la conciencia social se trata de la capacidad de conectar emocionalmente con los demás. Se refleja cuando un niño actúa con amabilidad, reconoce el dolor ajeno o se preocupa por alguien que necesita ayuda.

En cuarta instancia, las habilidades relacionales permiten al niño interactuar de forma sana con los demás. Se manifiesta cuando el niño dialoga para resolver conflictos, acepta las diferencias o se disculpa luego de un malentendido.

Por último, la toma de decisiones responsable se refiere a la habilidad de pensar antes de actuar. Se desarrolla cuando el niño analiza si está bien o mal, y evita conductas agresivas, incluso si no hay un adulto presente.

En ese sentido, promover estas cinco áreas desde el jardín de infantes no es imposible, ya que, en realidad, la clase de primeros años es uno de los escenarios más propicios que puede imaginarse. El docente, al facilitar sutilmente la interacción entre los niños, permite que las habilidades emerjan de forma espontánea y sin ser planificada, a menudo mediante el juego, las conversaciones y la convivencia en el aula (Casel, 2020). De esta manera, una escuela que fomenta el trabajo en equipo reconoce las emociones de los niños y valora el juego libre; además, contribuye a formar personas íntegras, capaces de convivir, conocerse y decidir desde la empatía. Dicho esto, la razón de la educación inicial es educar tanto la mente como el corazón.

2.3. El juego libre y su relación con el desarrollo social

El juego libre, al no estar sujeto por reglas impuestas, proporciona a los niños un entorno donde pueden construir relaciones sociales genuinas. En este espacio, aprenden a cooperar, a negociar y a turnarse, así como también enfrentan y resuelven conflictos que ellos mismos generan. Las acciones que toman resultan tan formativas como cualquier actividad didáctica (Moyles, 2021).

A través del juego libre, los niños no solo se divierten, también aprenden a ponerle palabras a lo que sienten y a leer las emociones en el rostro de sus compañeros, en una mirada o en un gesto sutil. Esa especie de “danza emocional”, donde unos y otros se sintonizan sin darse cuenta, es lo que moldea poco a poco su empatía y su inteligencia social; dos pilares clave para construir relaciones sanas y significativas en el futuro (Sánchez-Domínguez et al., 2020).

La verdad es que basta observar un rato para entenderlo. Pensemos en que un grupo de niños improvisa un juego de roles; de pronto, uno toma una bata invisible, otro un lápiz que se convierte en termómetro, y el patio se transforma en una clínica o en una escuela. En ese pequeño escenario inventado, quien hace de doctor no solo repite lo que ha visto, sino que ensaya, con ternura y seriedad, lo que implica cuidar a alguien, estar atento y escuchar sin interrumpir (Berk, 2013). Es en ese tipo de juegos donde la empatía deja de ser un concepto y se vuelve una experiencia viva.

El juego libre exige a los niños evaluar soluciones inmediatas y plantear alternativas en un entorno sin estructuras fijas. A lo largo de estas actividades, suelen decidir colectivamente lo que está o no permitido, lo que implica renegociar las reglas del juego. Al enfrentarse a desacuerdos, aprenden a moderar la frustración y a despejar el conflicto sin recurrir a la agresión (Fajn, 2017). Dicha práctica cotidiana, lejos de ser trivial, oxigena su adaptación al aula y les ofrece un capital crucial para navegar la vida pública más adelante.

2.4. La relevancia del juego libre y el desarrollo social en el contexto educativo

Los docentes de educación inicial desempeñan un papel clave cuando se trata de fomentar el juego libre. No basta con abrir el patio y esperar a que los niños se diviertan, porque, dentro de esos momentos de distracción, hay aprendizajes reales que no pueden ignorarse. Un maestro atento no desaparece; sino, permanece, observa, apoya y diseña un entorno donde el descubrimiento depende del impulso de los niños mismos. Ese tipo de acompañamiento convierte al juego en una plataforma de autonomía, de toma de decisiones y de desarrollo social dentro de un marco seguro y emocionalmente estable (Moyles, 2021).

Pese a su importancia, en muchas aulas de preescolar, el juego libre sigue siendo mirado de reojo. Algunos educadores lo confunden con puro ocio y, por eso, apenas le

dedican tiempo en el horario diario. La situación revela una carencia de formación en el personal y subraya la urgencia de considerar el juego como un derecho, una estrategia didáctica y el lenguaje natural de la infancia (Unicef, 2018).

La comunidad escolar, entendida aquí como docentes, directivos, familias y personal de apoyo, necesita unirse para avalar el juego libre y desinhibido. Cuando se establece esta alianza, la actividad lúdica deja de estar atrapada en un rincón del cronograma y empieza a brotar en los recovecos más inesperados de la vida escolar, desde los pasillos hasta el hogar (Fajn, 2017). Un centro que reconfigura el aula para facilitar la exploración de materiales, que forma a sus maestros en educación emocional y que abre sus puertas a los padres en talleres de juego, elige un camino más humano, democrático y equitativo.

Desde la óptica de la educación socioemocional, el currículo requiere que los niños, durante la primera infancia, aprendan a apreciar la diversidad, ejerzan empatía, resuelvan conflictos sin agresiones y se involucren en la vida comunitaria. Tales competencias no se asimilan mediante fichas impresas ni en conferencias magistrales, pues, al surgir en la rutina cotidiana, el juego libre se presenta como el medio más eficaz para interiorizarlas. Una revisión del Unicef (2018) confirmó que un entorno educativo que valora el juego espontáneo mejora el bienestar emocional de los menores y los capacita para afrontar con confianza situaciones sociales y culturales heterogéneas.

Hablar del desarrollo social en el contexto educativo es hablar de algo mucho más profundo que solo aprender a compartir un juguete o saludar al llegar. Es, en realidad, un viaje donde los niños descubren cómo convivir con otros, cómo ponerse en los zapatos del compañero, cómo manejar lo que sienten y cómo construir relaciones genuinas con quienes los rodean. La verdad es que la escuela, especialmente en la educación inicial, es ese primer escenario fuera del hogar donde todo empieza a cobrar vida. Allí, entre risas, tropiezos y abrazos, los niños se enfrentan por primera vez a nuevas normas, distintas formas de pensar y la necesidad, a veces retadora, de colaborar. En este ambiente, el juego libre no es solo una actividad lúdica más: es un puente emocional y social que une, conecta y transforma.

De acuerdo con Mardell et al. (2023), cuando los niños juegan libremente, tienen la oportunidad de negociar con otros, escuchar de verdad, resolver sus propios conflictos y desarrollar una sensibilidad que los hace más empáticos y solidarios. El desarrollo social y

emocional no es un lujo, es una necesidad. Así lo subraya también el modelo de Casel (2020), donde se identifican estas habilidades como competencias fundamentales que deben cultivarse desde los primeros años, siendo la escuela un lugar clave para ese crecimiento. Por esa razón, la defensa del juego libre no puede quedar a la buena voluntad de un único docente que diez minutos antes del timbre “da permiso” para que los niños jueguen. La apuesta debe ser colectiva, institucional y comunitaria. Cuando toda la comunidad educativa reconoce su valor, asegura que los menores ejerciten su derecho a ser protagonistas del aprendizaje y, al mismo tiempo, construyan lazos más justos y significativos entre ellos.

2.5. El juego libre en la construcción de la identidad social

El juego libre no solo estimula la creatividad o las habilidades motoras; también es un elemento clave en la construcción de la identidad social de los niños. A través de la recreación simbólica de roles cotidianos, como jugar a ser mamá, maestro, bombero o tendero, los niños exploran su entorno cultural, internalizan valores y comprenden el funcionamiento de las relaciones sociales que los rodean (Mardell et al., 2023). Este tipo de juego simbólico les permite imitar y ensayar formas de ser, pertenecer y actuar en sociedad. Como afirmó Garvey (1985), el juego, cuando está contextualizado, permite a los niños representar múltiples escenarios sociales que les ayudan a interiorizar normas, costumbres y dinámicas grupales.

En los primeros capítulos de esta monografía, se abordó cómo el juego libre, por su carácter espontáneo y flexible, permite a los niños actuar desde su autenticidad. Esa franqueza resulta relevante, pues permite averiguar quiénes son frente a los demás y, por ende, cimienta el yo social. Autores como Piaget (2000) y Vygotsky (1978), brindan al ejercicio lúdico un lugar central en el nacimiento del pensamiento simbólico y en la formación de la conciencia colectiva. Mientras uno lo entiende como el sendero que los pequeños recorren para replicar la realidad; el otro lo describe como un taller social donde los infantes toman herramientas culturales mediante la conversación.

Por otro lado, Goleman (1995) observó que la autoconciencia y la empatía son fundamentos de la inteligencia emocional que surgen en la infancia, sobre todo, cuando los pequeños juegan y se relacionan. En esos momentos lúdicos, los chicos comienzan a poner

nombre a sus propios sentimientos y, al mismo tiempo, se fijan en lo que les ocurre a los demás. Esa atención mutua refuerza la empatía y hace la socialización más deliberada. Pongamos el caso de un niño que imita a un maestro: si ve que su alumno de juego se siente triste, la escena le da una pista sobre cómo reaccionar cuando ese mismo estado aparece en la vida real. Esa representación reiterada produce un ejercicio cerebral que impulsa la reproducción de los mismos reflejos en la escuela, en casa y en el barrio.

Varios estudios recientes fortalecen la idea de que el juego libre entre pares es más que un pasatiempo. Unicef (2021) apuntó que los niños que juegan sin estructuras rígidas forjan identidades más firmes, sienten que pertenecen y, a su vez, aprenden a negociar, a resolver disputas y a decidir con responsabilidad. A esto se suma el enfoque de Casel (2020), quien sostuvo que las competencias socioemocionales, como la conciencia social, las habilidades relacionales y la toma de decisiones, no se enseñan únicamente con instrucciones explícitas, sino que se viven en la práctica diaria, sobre todo, en contextos lúdicos.

Incluso, según Mardell et al. (2023), quienes realizaron un estudio longitudinal en la Universidad de Cambridge, los niños expuestos regularmente a espacios de juego libre bien diseñados mostraron mejor autoestima, mayor reconocimiento de normas sociales y más vínculos sociales positivos, en comparación con aquellos que participaron solo en juegos dirigidos. En esencia, el juego libre aparece como el escenario donde el niño, sin darse cuenta, ubica su lugar en el mundo y en la comunidad.

A lo largo del segundo capítulo, quedó claro que el juego libre va mucho más allá de ser una simple forma de entretener; en realidad, es una escuela viva de socialización. Es en esos momentos espontáneos, donde el adulto no interviene de forma directa, que los niños y niñas del nivel inicial comienzan a descubrir lo que realmente significa vivir en comunidad. Compartir un espacio, aceptar que el otro piensa diferente, ceder, pedir perdón y volver a intentarlo ocurre mientras juegan. Siguiendo el modelo Casel (2020), habilidades tan profundas como la empatía, la autorregulación o la toma de decisiones responsables no nacen de la teoría; sino, de la experiencia cotidiana y, muchas veces, del juego más libre y genuino. Asimismo, se ha destacado que la comunidad educativa, esa red compuesta por docentes, familias, cuidadores y otros adultos significativos, tiene un papel fundamental: ser guía, sostén y ejemplo. Cuando se ofrece a los niños un entorno seguro y afectivo, donde

pueden expresarse sin miedo y pueden encontrar apoyo en los demás, el juego se convierte en un terreno fértil para construir lazos verdaderos. Así, el juego libre no solo acompaña el desarrollo social; lo impulsa con fuerza y siembra valores de respeto, inclusión y participación que los pequeños llevarán consigo el resto de sus vidas.

CAPÍTULO III: EL JUEGO LIBRE EN EL DESARROLLO SOCIAL

Durante los primeros años de educación, el juego libre no es solo una actividad más: es un verdadero pilar en el desarrollo social de los niños. En esta etapa tan delicada y llena de descubrimientos, los pequeños comienzan a explorar el mundo no solo con sus manos; sino también, con su corazón. Al jugar, crean sus propias reglas, ensayan comportamientos, imaginan historias y, sin darse cuenta, entrenan habilidades que los acompañarán toda la vida. La verdad es que cada interacción, por más sencilla que parezca, les enseña algo nuevo sobre cómo convivir con otros. Como bien señaló Piaget (2000), el juego es una actividad natural que ayuda a integrar experiencias y a desplegar el pensamiento simbólico, es decir, esa maravillosa capacidad de representar, imaginar y conectar con los demás.

En este capítulo, se profundiza en cómo el juego libre favorece de forma directa en el desarrollo social y se destaca su rol en la construcción de vínculos, en la cooperación entre pares y en el manejo espontáneo de los conflictos, así como en el aprendizaje valioso de las normas sociales que no se imponen; sino, se viven. En cada juego hay una historia compartida y, en cada historia, una oportunidad para crecer en comunidad.

3.1. El juego libre como herramienta de socialización

El juego libre ha sido destacado por numerosos especialistas como mucho más que un pasatiempo: es una auténtica escuela de vida para los niños en la etapa inicial. En ese ir y venir de ideas, entre risas, entre desacuerdos y acuerdos, los pequeños aprenden a convivir de verdad, y lo hacen sin necesidad de que un adulto dirija cada paso. Al jugar sin supervisión constante, desarrollan autonomía, se afirman en su identidad y, sobre todo, descubren que formar parte de un grupo implica escuchar, ceder, proponer y adaptarse (Piaget, 2000). Entonces, cada juego improvisado se convierte en un laboratorio social en miniatura donde las reglas no vienen escritas, sino que se negocian sobre la marcha.

La verdad es que cuando un niño finge ser mamá, papá, maestro o médico, no solo imita; sino, ensaya la vida. Como bien explicó Piaget (2000), el juego simbólico les permite

experimentar roles, comprender normas y darle sentido a lo que viven día a día. En ese universo creado por ellos mismos, prueban lo que significa cuidar, resolver, liderar o colaborar. Es allí donde empieza a florecer la empatía, ese valor tan poderoso que nace cuando uno se pone, aunque sea por un ratito, en los zapatos del otro. En el fondo, cada historia inventada durante el juego teje una red de vínculos reales, donde el respeto, la diferencia y la cooperación se sienten y se viven desde lo cotidiano.

Las actividades de juego no estructurado, por su parte, actúan casi como un pegamento emocional, dado que, al compartir espacios abiertos de libre exploración, los niños forjan vínculos que, a menudo, mejoran su autoestima. Moyles (2021), en su investigación sobre el juego en la educación infantil y primaria, señaló que los estudiantes que participan en actividades de juego no estructurado son capaces de resolver conflictos de manera pacífica, porque el juego les permite aprender a dialogar, negociar y considerar otros puntos de vista antes de llegar a una solución. En este contexto, el juego no estructurado favorece el desarrollo de la comunicación y la identidad social positiva.

Por otro lado, la socialización que se genera a través del juego libre, no se produce solo con los compañeros, sino que encamina la relación de los niños con los adultos y el mundo en general. Vygotsky (1978) afirmó que el aprendizaje y el desarrollo en la niñez se originan dentro de una red de relaciones sociales y mediante el juego, el cual es una actividad que media entre la zona de desarrollo actual y la zona de desarrollo potencial del niño. De esta manera, el juego libre fomenta el aprendizaje en conjunto y la flexibilidad ante nuevos retos, los cuales son aspectos centrales para la adaptabilidad social en el ámbito educacional y en la familia.

3.2. El juego libre como desarrollo de la comunicación y la resolución de conflictos

La mejora en el desarrollo de las habilidades sociocomunicativas y la resolución de conflictos derivados de la interacción a través del juego libre son, sin lugar a duda, los aspectos destacados en cuanto a beneficios. En la interacción, los niños, a nivel de grupo, deben proponer, discutir y solucionar problemas que surgen de forma natural a lo largo del proceso. Según Moyles (2021), durante el juego libre, un niño no solo se comunica a través

de la palabra; también utiliza reglas del lenguaje no verbal como gestos, mímicas y movimientos que comunican interminables sentimientos e intenciones.

Bajo la mirada de Piaget (2000), el juego no es la causa directa del aprendizaje, sino que es un escenario donde el niño atraviesa un proceso de reconocimiento y diferenciación de las normas sociales y los comportamientos de su entorno social. En el juego, los niños establecen normas y asumen roles, lo que les permite aprender a controlar impulsos y respetar a otros. Al mismo tiempo, se vuelven mejores en argumentar, negociar, escuchar un diálogo y construir consensos.

El juego no estructurado posibilita que las personas, en este caso los niños, desarrollen la habilidad de autogestionar la resolución de un conflicto. Por ejemplo, en el caso dado de dos niños que desean jugar con el mismo objeto, estos deben llegar a una postura de negociación para solucionarlo, esto puede ser turnarse o compartir el objeto. Estas situaciones contribuyen al desarrollo del autocontrol en el campo de lo emocional, es decir, en la empatía y la autorregulación, que son de vital importancia en la dimensión social (Mardell et al. 2023). En este sentido, los niños enseñan a controlar las emociones y a ponerse límites; asimismo, aprenden el respeto hacia los demás y la cooperación mutua.

De igual modo, el juego libre debe fomentar el desarrollo de la resiliencia, dado que los niños deben enfrentarse a retos y a frustraciones que emanan del juego; asimismo, deben encontrar sus propias maneras de superarlas sin el apoyo de un adulto. Vygotsky (1978) mencionó que la relación con los pares en actividades lúdicas propicia el aprendizaje sociocultural, puesto que, mediante el juego asociado, aprenden a construir herramientas para resolver problemas en grupos y mejorar la comunicación interpersonal. Así, el juego libre sociabiliza a los niños y, a su vez, los prepara para enfrentar muchas otras situaciones sociales, escolares y familiares que tienen lugar en su cotidianidad.

3.3. Construcción de normas y valores a través del juego

El juego libre es fundamental en la creación y en el aprendizaje de normas y valores, ya que se les presenta una oportunidad de aprender en la práctica la importancia del respeto, la igualdad y el trabajo en equipo. Como señaló Moyles (2021), cuando se organizan en grupos, los pequeños se ven en la necesidad de negociar reglas, hacer una distribución justa

cuando comparten recursos y resolver conflictos. A partir de ellos, comienzan a tomar conciencia sobre la relevancia de los valores éticos, del compromiso social y de la convivencia. Estas experiencias tempranas son importantes para la construcción de una base moral sólida, porque contribuirá a su comportamiento a lo largo de su vida en diferentes contextos.

Según Piaget (2000), los niños desarrollan una comprensión de las reglas y normas durante las interacciones sociales con sus pares, porque es en estos contextos donde aprenden la importancia de las consecuencias de sus acciones, así como la necesidad de cumplir acuerdos. No hay duda de que elegir libremente actividades, de forma no estructurada, proporciona una oportunidad perfecta para que los niños aprendan autodisciplina y responsabilidad. Por ejemplo, en el juego de “la tienda”, tienen que elegir quién será el vendedor y quiénes serán los clientes; además, deben establecer precios y determinar el funcionamiento de todo. En este proceso, aprenden a respetar los turnos, a decir la verdad y a trabajar juntos, lo cual es muy importante para vivir en sociedad.

Otro aspecto primordial es que el juego libre permite a los niños entender que las normas no son reglas impuestas sin sentido, pues comprenden que, al no cumplir ciertas pautas, el juego se vuelve bastante caótico y pierde su esencia. Estas enseñanzas ayudan a que el niño se autorregule y tome decisiones responsables. Siguiendo a Vygotsky (1978), la interacción que tiene lugar durante el juego no es solo una oportunidad para aprender; sino también, una posibilidad para moldear el pensamiento moral y construir la ética en los niños.

La educación inicial contribuye de distinto modo al desarrollo del menor con respecto a un valor concreto a través del juego, tal como lo es el cuidado. Resulta indispensable la existencia de entornos donde los infantes puedan realizar decisiones de manera libre en un contexto lúdico y rico (Unesco, 2021). Para que esto sea posible, los educadores deben controlar situaciones de juegos donde los menores tengan la oportunidad de crear sus propias soluciones y edificaciones, sin necesidad de alteraciones externas. Los adultos no requieren fracturar las normas de juego, solo pueden facilitar el ejercicio de negociación y reflexión en términos de cómo es necesario respetar el periodo acordado de juego (Mardell et al., 2023; Moyles, 2021; Unicef, 2018).

3.4. El juego libre en la integración social

El juego libre estimula el desarrollo de habilidades individuales e integra socialmente a los niños dentro de su comunidad. Como identificaron Mardell et al. (2023), a través del juego, socializan y alcanzan su máxima interacción, lo que permite mejorar sus relaciones interpersonales, desarrollar su sentido de comunidad y aprender valores muy importantes para la convivencia y las relaciones sociales. Tales experiencias lúdicas potencian la capacidad de cooperar, el respeto mutuo y la colaboración.

Unicef (2018) expresó con claridad que el juego durante la infancia no es solo un momento de alegría; es una de las herramientas más poderosas para promover la inclusión social en el aula. Cuando los niños juegan, se relacionan desde una lógica distinta; no importa si vienen de diferentes familias, si su ropa es diferente o si hablan con acento. En ese universo lúdico que ellos mismos construyen, todos tienen cabida. El juego libre, en este sentido, actúa como un verdadero puente que borra etiquetas y conecta a los niños desde lo que son y no desde lo que tienen. Así, comienzan a ensayar, casi sin notarlo, lo que significa aceptar la diversidad y ponerse en el lugar del otro; es una especie de primer paso hacia la empatía real.

Además, cuando los niños juegan en un entorno donde no hay un adulto que marque cada movimiento, el espacio se transforma en algo más íntimo: un refugio donde se sienten seguros para decir lo que piensan, mostrar lo que sienten y actuar con libertad. Andrade Carrión (2020) resaltó que la autonomía dentro del juego libre tiene un efecto directo en su autoestima y en la confianza que construyen al relacionarse con otros. No se trata de dejar a los niños solos; sino, permitir que ellos se guíen, se escuchen y se confronten entre iguales. En ese intercambio o retroalimentación constante, que solo los compañeros pueden ofrecer, descubren qué les sale bien, qué les cuesta y cómo mejorar.

La verdad es que muchos de los conflictos que surgen en medio del juego, como querer el mismo juguete o no ponerse de acuerdo sobre las reglas, se convierten en oportunidades para aprender a dialogar, a negociar y a ceder; todo eso sin que nadie les dicte qué hacer. Según Andrade Carrión (2020), este tipo de experiencias fortalecen sus habilidades sociales y les dan herramientas para resolver problemas por sí solos en el aula, en casa, en el parque y en cualquier otro entorno de convivencia.

La integración social que surge del juego libre va más allá del entorno escolar e incluye otros espacios comunitarios: parques, centros recreativos y hogares. La oportunidad de interactuar y jugar con diferentes grupos de niños en varios entornos mejora su adaptabilidad y les ayuda a desarrollar habilidades sociales más diversas. Vygotsky (1978) afirmó que el aprendizaje social ocurre con más éxito cuando los niños están activamente involucrados en interacciones relevantes con sus compañeros. Por esta razón, el juego libre sirve como una importante ayuda a estos procesos, porque los niños aprenden unos de otros mientras forjan amistades que se construyen sobre el respeto y la colaboración.

El juego libre, más que una actividad divertida, puede convertirse en una herramienta estratégica en manos de los educadores. No se trata solo de “dejar jugar”; sino, de crear las condiciones para que ese juego florezca. Por eso, cuando los docentes preparan espacios ricos en materiales, variados y accesibles, se abre la puerta para que los niños exploren lo que realmente les interesa. Aunque parezca simple, es lo que fortalece los lazos entre ellos, pues los ayuda a formar un verdadero grupo, una comunidad dentro del aula. Además, cuando se proponen juegos cooperativos, como construir algo en equipo, cuidar un rincón del aula o armar una historia entre todos, se enseña algo que ningún libro transmite: cómo ser solidarios, cómo trabajar juntos y cómo resolver conflictos sin pelear.

Este capítulo final ha sido, en cierto modo, un cierre con broche de oro. Aquí se reafirma una idea que atravesó todo el recorrido: el juego libre no es un lujo ni un entretenimiento pasajero; es un terreno fértil donde germinan las habilidades sociales que acompañarán a los niños durante toda su vida. A lo largo de estas páginas, vimos cómo mejora la comunicación, cómo ayuda a resolver diferencias sin violencia, cómo fortalece la cooperación y cómo, casi sin darnos cuenta, enseña normas y valores esenciales. Todo esto no sucede en teoría: se produce cuando dos niños se turnan para usar un juguete, cuando acuerdan reglas para jugar a “la casita” o, incluso, cuando consuelan a un compañero que se siente triste. Asimismo, se enfatizó en el rol del adulto, porque acompañar no es lo mismo que dirigir; el acompañamiento implica observar, confiar y dar espacio. Reconocer el valor pedagógico de cada juego espontáneo es dar un paso hacia una educación más humana y conectada con las necesidades reales de la infancia. En suma, el juego libre se revela como una verdadera escuela de vida, ya que no solo se trata de pasar el tiempo; sino, de aprender a convivir de verdad. Cuando esto sucede, el aula se convierte en algo mucho más grande:

es un reflejo del tipo de sociedad que soñamos, una que abrace la inclusión, la democracia y la calidez humana desde los primeros años.

CONCLUSIONES

1. En el mundo de la educación inicial, el juego libre no es un simple pasatiempo: es una necesidad vital. Es en esos momentos, cuando no hay adultos dirigiendo cada paso, que los niños se muestran tal como son. Juegan, exploran, se ríen, se frustran y aprenden a convivir. Cuando el juego fluye sin restricciones, los pequeños comienzan a construir su manera de relacionarse con los demás. Se ejercita la comunicación, nace la cooperación y cada pequeño desacuerdo se convierte en una oportunidad para aprender a resolver conflictos. En ese entorno libre, se incorporan de forma natural valores y normas que favorecen la integración grupal y refuerzan el sentido de identidad.
2. Cuando los adultos permiten que el juego surja de forma espontánea, sucede algo maravilloso: los niños encuentran el espacio ideal para regular sus emociones y expresarlas sin miedo, es decir, dicen lo que sienten, intercambian ideas, negocian reglas y aprenden a ceder y a tomar decisiones. En lugar de respuestas prefabricadas, lo que nace es confianza en sí mismos, en sus capacidades y en su voz. Esta autonomía refleja cómo se relacionan con sus compañeros, puede ser con más empatía, respeto y asertividad.
3. Se demuestra que el juego libre no solo acompaña el desarrollo social de los niños; sino, lo impulsa con fuerza, de forma honesta y sin imposiciones. Cuando los niños juegan, crean puentes entre ellos; se miran, se entienden y se cuidan. En esas interacciones espontáneas, aprenden a compartir ideas, a manejar sus emociones y a convivir con quienes piensan distinto. Esto responde directamente a la pregunta de investigación y da sentido a la premisa de este trabajo: el juego libre, lejos de ser una actividad secundaria, es una pieza clave en la construcción social durante la primera infancia.
4. Este tipo de juego entretiene y, al mismo tiempo, forma en valores, normas y habilidades sociales que duran toda la vida. En ese intercambio de roles, decisiones y conflictos cotidianos, los niños aprenden a ponerse en el lugar del otro, a autorregularse y a tomar decisiones de manera consciente. Ya sea en la escuela, en casa

o en la comunidad, esos aprendizajes les permiten moverse con autonomía y seguridad. Por eso, el juego libre es mucho más que un recurso educativo: es una puerta de entrada a una ciudadanía más empática, reflexiva y solidaria.

5. El juego libre no tiene una sola forma, ya que puede ser simbólico, sensorial, de movimiento, de construcción, en solitario o en grupo. Estas múltiples formas abren nuevas posibilidades para crecer, vincularse y construir identidad; sin embargo, esto solo sucede si el adulto sabe acompañar. No como quien manda, sino como quien observa, facilita, sostiene y confía. El adulto que sabe cuándo intervenir y cuándo callar es aquel que realmente promueve el desarrollo social a través del juego.
6. Reconocer el valor del juego libre, como educadores, familias y sociedad, nos invita a revisar nuestras prácticas. No basta decir que “el juego es importante”, hay que vivirlo como tal. Eso implica dar tiempo, espacio y condiciones reales para que el juego surja, sin interrupciones innecesarias ni metas impuestas desde la mirada adulta. Cuando esto sucede, no solo cumplimos con los derechos del niño; sino también, apostamos por una educación más humana, que ve al juego libre como una forma profunda y auténtica de aprender a vivir en comunidad, y no como una pérdida de tiempo

REFERENCIAS

- Andrade Carrión, A. (2020). El juego y su importancia cultural en el aprendizaje de los niños en educación inicial. *Revista Ciencia e Investigación*, 5(2), 132-149. <https://doi.org/10.5281/zenodo.3820949>
- Berk, L. E. (2013). *Desarrollo infantil*. (9ª ed.). Pearson.
- Castillo Miyasaki, I. E. y Sandoval Figueroa, C. M. (2022). Influencia de la pandemia en la interacción y juego de los niños de educación inicial. *Revista Andina De Educación*, 5(2). <https://doi.org/10.32719/26312816.2022.5.2.1>
- Castro, M., Castillo, R. y Ramírez, P. (2020). *El juego en la primera infancia. De la formación a la transformación*. Universidad Nacional de Costa Rica. <http://hdl.handle.net/11056/23300>
- Colaboración para el Aprendizaje Académico, Social y Emocional. (2020). *CASEL'S SEL Framework. What Are the Core Competence Areas and Where Are They Promoted?* CASEL. <https://casel.org/casel-sel-framework-11-2020/>
- Edo, M., Blanch, S. y Anton, M. (2016). Introducción: el juego en la primera infancia. En M. Edo, S. Blanch y M. Anton (Coords.), *El juego en la primera infancia*. Octaedro (pp. 8-11). Octaedro. <https://laesienjuego.com.ar/wp-content/uploads/2020/05/El-juego-en-la-primera-infancia.pdf>
- Fajn, S. (2017). Haciendo Lugar. En S. Fajn (Comp.), *Jugar en la primera infancia. Proyectos institucionales en contextos diversos* (pp. 13-33). Novedades Educativas. <https://content.e-bookshelf.de/media/reading/L-16059459-1f435b4247.pdf>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2018). *Aprendizaje a través del juego*. <https://www.unicef.org/sites/default/files/2019-01/UNICEF-Lego-Foundation-Aprendizaje-a-traves-del-juego.pdf>
- Fondo de las Naciones Unidas para la Infancia. (2021). *Importancia del desarrollo de habilidades transferibles en América Latina y el Caribe* [Documento de discusión]. <https://www.unicef.org/lac/media/21536/file/El-juego-importa-UNICEF.pdf>
- Garvey, C. (1985). *El juego infantil*. (4ª ed.). Morata.
- Ginsburg, K. R. (2007). The importance of play in promoting healthy child development and maintaining strong parent-child bonds. *Pediatrics*, 119(1), 182–191. <https://doi.org/10.1542/peds.2006-2697>
- Goleman, D. (1995). *Emotional intelligence: Why it can matter more than IQ*. Bantam Books. <https://donainfo.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/09/emotional-intelligence-daniel-goleman.pdf>

- Huanca Payehuanca, D. J. (2008). Desarrollo social en niños. *Revista Peruana De Pediatría*, 61(2), 133-138. <https://doi.org/10.61651/rped.2008v61n2p133-138>
- Mardell, B., Ryan, J., Krechevsky, M., Baker, M., Schulz, S. y Liu-Constant, Y. (2023). *Una pedagogía del juego: Apoyar el aprendizaje lúdico en las aulas y los colegios*. Proyecto Zero. https://pz.harvard.edu/sites/default/files/2024-11/Pedagogy%20of%20Play%20Spanish%20Translation%20Final_Jan%202024.pdf
- Ministerio de Educación. (2021). *La hora del juego libre en los sectores: guía para educadores de servicios educativos de niños y niñas menores de 6 años*. <https://hdl.handle.net/20.500.12799/4904>
- Moyles, J. R. (2021). *El juego en la educación infantil y primaria*. (3 ed.). Morata. https://edmorata.es/wp-content/uploads/2022/01/MOYLES.-El-juego-en-EI-y-EP_prw.pdf
- Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura. (2021). *El Niño y el juego: planteamientos teóricos y aplicaciones pedagógicas*. https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000134047_spa
- Papalia, D. E., Duskin Feldman, R. y Martorell, G. (2012). *Desarrollo humano*. (12 ed.). McGraw-Hill. <https://psicologoseducativosgeneracion20172021.wordpress.com/wp-content/uploads/2017/08/papalia-feldman-desarrollo-humano-12a-ed2.pdf>
- Piaget, J. (2000). *La formación del símbolo en el niño. Imitación, juego y sueño. Imagen y representación*. (14.ª ed.). Fondo de Cultura Económica.
- Sánchez-Domínguez, J. P., Castillo Ortega, S. E. y Hernández López, B. M. (2020). El juego como representación del signo en niños y niñas preescolares: un enfoque sociocultural. *Revista Educación*, 44(2), 313-328. <https://doi.org/10.15517/revedu.v44i2.40567>
- Vygotsky, L. S. (1978). *Mind in Society: Development of Higher Psychological Processes* (M. Cole, V. Jolm-Steiner, S. Scribner y E. Souberman, Eds.). Harvard University Press. <https://doi.org/10.2307/j.ctvjf9vz4>